

JUAN
GARCIA PONCE

A
TERNURA
DE
GEORGES
BATAILLE

Los relatos de Georges Bataille buscan el escándalo y alcanzan el escándalo. Tarea de rompimiento. Se trata de partir de un punto que se encuentre más allá de las normas señaladas por la cultura. Pero, ¿el hecho mismo de escribir no crea esos límites, no fija esas normas? Exasperación primera. El mundo se extiende ante la sensibilidad que lo contempla y que, simultáneamente, está inmersa en él como el espacio que lo habita y en el que habita. Apropiarse de su reflejo y convertirlo en el propio reflejo constituye la experiencia interior, tal vez, como el mismo Bataille la llama. Pero apenas esa experiencia se interioriza, también se disuelve, se desmorona, en el seno del yo que la acoge y que se sabe discontinuo, roto en su integridad por la amenaza de la muerte. Es el lenguaje, la posibilidad de poner afuera la experiencia, el que otorgaría la continuidad dentro de la que el mismo yo encontraría su coherencia. Pero el lenguaje está encerrado en los límites de su propia coherencia y el contenido de experiencia que llega hasta la sensibilidad que contempla el mundo y se contempla en el mundo, trasciende esos límites, tiene que colocarse fuera de ellos.

El objeto de todo relato, se nos dice en *L'abbé C.*, "no podría ser propuesto al interés mas que bajo la forma de enigma". Por eso lo que se escribe, afirma esa novela, es "una provocación"; no aclara: enturbia. Y Bataille confiesa que lo que busca al escribir es *Lo imposible*, título de uno de sus relatos, "ese imposible al que no accedemos más que olvidando la verdad de todos los derechos, más que aceptando la desaparición". Y aun así ¿puede encontrarse? Este es el dilema al que nos enfrentan todos los relatos de Georges Bataille. Su lectura es exacerbante e insatisfactoria. Su necesidad de romper la seguridad de la forma, lo que en otro momento llamó "El odio de la poesía" nos deja sólo frente al enigma también de esa forma tensa, alta y rota, que atacándose a sí misma se constituye como forma y nos obliga a la participación. El lenguaje disuelto cerca y encierra los temas de Bataille y nos deja frente al enigma que nos contempla con los ojos vacíos, fuera de la cultura.

Proponer un misterio. Los términos de ese misterio se encuentran siempre en la zona límite donde la experiencia se abre al campo de lo inexpresable porque su contenido desafía las posibilidades de toda comunicación racional. Las historias y los personajes sobre las que juega Georges Bataille parten de un extremo desarreglo de los sentidos. El placer, el dolor, la muerte, el erotismo, el sacrificio, son sus temas. La coherencia misma de la personalidad y la del mundo en que se mueve y se configura se ve amenazada a través de esos temas por las exigencias de una pasión, una pura fuerza, un devastador y todopoderoso impulso irracional que, como la vida, no conoce otra necesidad que la de llegar a su término, cumpliéndose y realizándose a sí misma. En ese ámbito, todo lo que ocurre parece tener a primera vista un oscuro sentido





religioso y, en efecto, las historias de Bataille tocan ese terreno; pero no hay que confundirse: sólo se puede llegar hasta esos relatos escandalosos y escabrosos en que la literatura se desprende de cualquier pretensión de constituirse como bella forma al servicio de la cultura. Si asumimos que en el espacio de su acontecer la religiosidad está desprovista de todo valor trascendente, es un sentimiento que nada más puede encontrarse en la vida y en el mundo. Como se nos deja saber en *L'abbé C.*, la divinidad, en tanto sujeto trascendente, ha traicionado al hombre, abandonándolo. Nada más se le puede servir en el campo de la mentira, ocupando su lugar ausente y aceptando que ese lugar es el espacio de la traición. Los relatos de Georges Bataille transcurren en el campo del ateísmo y tan inútil es intentar protegerse de ellos asumiendo las barreras de contención de cualquier religión organizada como pretendiendo tener la supuesta libertad de una incredulidad laica que ignora las exigencias de lo divino en el mundo. El espacio y las exigencias de esos relatos son los de la vida, y entrar a lo que su lenguaje nos muestra, minuciosa e impacientemente, rompiéndose, desintegrándose, aceptando todas las dificultades, enfrentándolas y siendo vencido por su carácter cerrado, es tocar

la vida. En última instancia, ésa es la única aventura que una tan alta literatura nos propone.

“El resto es ironía, larga espera de la muerte. . .”, nos dice el narrador de *Madame Edwarda* cuando el lenguaje se desmorona entre sus manos, el peso de los conceptos anula el sentido que persigue al describir su experiencia y él se ve obligado a interrumpir su búsqueda del *Divinus Deus* del que nos habla el subtítulo del relato. Servirse de la ironía equivaldría a poner una distancia crítica entre el narrador y el valor que quiere encontrar en su experiencia. Pero ése es el terreno de la cultura, de la larga espera de la muerte, de la negación de la vida: es el terreno prohibido en los relatos de Bataille. Al contrario, lo imprevisible, lo inabarcable, el tiempo marginal —que se desenvuelve fuera del mundo establecido de la utilidad social, no sólo a espaldas sino en contra suya, anulándolo con la mera aparición de su naturaleza gratuita y desorbitada, haciéndose imposible de cerrar en la medida del hombre y el pensamiento racionales, el tiempo durante el que ocurre *Madame Edwarda*, donde el narrador, borracho, se despoja de sus pantalones en la calle, donde una pupila de burdel, loca, bella hasta la obscenidad, atacada por violentas convulsiones, presa

del delirio, es Dios y porque es Dios es el misterio y la noche, lo imposible, y puede ser poseída por un chofer en el asiento trasero de un taxi mientras el narrador le sostiene la cabeza, y salir de sí por el deseo, ser ella y más que ella y menos que ella, ser el deseo, sólo para que el narrador comprenda que eso se puede contar pero no se puede explicar— es lo inexplicable en términos de lenguaje conceptual y hace visible el sentido del sin sentido por medio de la expresión del delirio. Para encontrar su propio sentido y el deslumbramiento de la belleza, la narración debe mostrar ese tiempo en que todo ocurre fuera del orden. Su espacio no es el de la inocencia, es el del deseo. Los personajes de Bataille son siempre víctimas y culpables de su propia servidumbre a la pasión. No ven el mundo, ven su pasión o sólo pueden ver el mundo a través de la pasión. De allí el carácter obsesivo de esa literatura. La pasión se convierte en un absoluto. Pero el absoluto sobrepasa al hombre.

En el seguimiento de ese absoluto, para el que el imperio del deseo —en tanto fuerza en que se manifiesta la vida— es la única obsesión y la necesidad de tocar lo intocable, la regla, los relatos de Bataille nos conducen hasta la destrucción de sus personajes. Desde *L'histoire de l'oeil* hasta *Ma mère* se cumple un periplo de desastres. Literatura negra, si la hay. ¿Pero se trata de desastres en verdad? Depende de la norma a la que uno se atenga para leerla. Y es evidente que si de lo que se trata es de escuchar su propia voz, de detenerse para nuestro placer y nuestro elevamiento, en lo que la literatura de Bataille nos dice y no en lo que suponemos que debe decir la literatura, los relatos de Georges Bataille quieren romper la norma establecida. Para ello cuentan con la efectiva belleza y el poder de su impaciente lenguaje, con la inquietud, el desarreglo emocional y aun la exasperación que la índole de los personajes pone en el lector, y con la intensidad de la pasión por llegar al fondo, aunque ese fondo no exista, que se entrega y se hace manifiesta en esos relatos. Desde ese lugar, tal vez el desastre, la destrucción, tengan otro significado.

Está el deseo. En las obras de Georges Bataille, el deseo no es constructivo. Es un absoluto y no se quiere, no se sabe, más que a sí mismo. No va a servir a la reproducción, no va a aumentar la vida; usa a la vida porque es el escenario en que puede aparecer, pero en su ciego movimiento también destruye ese escenario y quizás su fin es la muerte. La meta de la vida, entonces, es la muerte. En la muerte, la vida y el deseo hallan la unidad. Ella los acoge y los encierra, amorosamente, dolorosamente, por parte de la vida y el deseo; indiferentemente, por parte de la muerte. La discontinuidad, el rompimiento que el hombre experimenta como fundamento de la vida, se convierte en silenciosa continuidad, en unidad que se había perdido con el nacimiento y se recupera en la muerte: continuidad, unidad que nadie experimenta, experimentada por nadie. De este reconocimiento surge la religiosidad en Georges Bataille. Su literatura hace aparecer un recogimiento, una

reverencia, un respetuoso reconocimiento de la fragilidad de la vida que sólo puede encontrarse desde la aceptación de que es la muerte la que da sentido a la vida. Religiosidad, sin embargo, que no tiene otro espacio para manifestarse ni otro fin que la vida. Es la vida la que encierra a la muerte, reflejándola, obligándola a mostrarse. Para ello, hay que vivirla como máxima intensidad, como absoluto que negándose se nos entrega en la ciega sumisión al ciego deseo cuyo camino sin fin termina en la muerte sin fin, en tanto muerte sin comienzo tampoco, en tanto muerte de nadie —y desde esa ausencia de principio y de fin, más allá de la persona que se sabe a sí misma discontinua y busca encontrarse perdiéndose en la unidad, recomienza.

Dios puede ser entonces una prostituta. Hay que hallar fuera de toda positividad social, en el supremo desgarramiento de un total olvido y una pérdida de sí en el deseo, que, como ocurre en *Madame Edwarda*, en el momento del acoplamiento sexual entre la protagonista y el narrador, multiplica la imagen de la realización en múltiples espejos, o permite que la mirada del narrador, el lenguaje, haga visible en el caso del chofer y *Madame Edwarda* la unidad desaparecida desde la muerte de Dios en un terreno que desborda y destruye al yo como falsa unidad y lo anula. Sólo a partir de este reconocimiento puede empezar a construirse cualquier positividad social. Una y otra vez, los relatos de Georges Bataille nos precipitan en un ambiente en el que toda norma se transgrede. No queda más que la vida como movimiento dentro del que todo se organiza y se desorganiza, se compone y se descompone: un puro fluir en cuyo seno aparece también su aparente contrario: la muerte. Esperma, lágrimas, mierda, orines, vómito, todo lo que fluye, forma parte de esos relatos para mostrar la realidad del cuerpo. Es en el cuerpo donde todo sucede, donde todo entra y sale, se agrupa y se dispersa. Y el yo que habita ese cuerpo como conciencia de sí y de su temporalidad, de su carácter finito, se diluye, se disuelve en la angustia y el placer, en la angustia del placer, en el placer de la angustia, que une a la vida —el placer— y la muerte —la angustia: es la víctima del sacrificio en que la unidad se alcanza. Y ese sacrificio en cuya descripción los relatos se hacen posibles como rito, como ceremonia, nos devuelve el mundo.

No es otra, tampoco, la tarea del lenguaje en tanto literatura. El escritor se pierde en las palabras, pero para que esto sea posible las palabras deben estar más allá de cualquier límite señalado por la presencia del escritor, de lo humano que las hace aparecer y que puede pretender circunscribirlas a la norma establecida por lo humano. Como el ateísmo, la escritura no es un humanismo. Georges Bataille nos hace ver cómo, mediante la literatura, lo que se abre es una desnudez, la misma que preludia en los cuerpos a la entrega sexual que en un olvido de sí, semejante al de la muerte, encuentra a la vida. El escándalo se convierte en una forma de ternura.

